

Título: “La normalidad cuestionada”

Autores: Martín Lanci, Eliana López, Mónica Soba,
Paula Sansubrino, Celeste Smith.

Tema de la mesa: El falo y la actualidad del Edipo.
Discordia de los sexos.

La normalidad cuestionada.

Introducción:

Del entramado entre lo social y el psicoanálisis nos proponemos interrogar la discordia que acompaña a la sexualidad... ¿inevitablemente?

Freud, aquel que se dedicó decididamente a escuchar a las mujeres, aquel que hasta el fin de sus días sostuvo productivamente la pregunta abierta acerca de qué es lo que ellas quieren, nos invita hoy vehementemente a releer cómo piensa la relación entre los sexos. Para abordar dicha relación, antes de considerar el complejo de Edipo, destaquemos que Freud construye un aparato psíquico cuya característica es que es un aparato deseante, un aparato al que el conflicto le es inherente. En este sentido es que podríamos empezar por afirmar que la normalidad incluye un desarreglo que Freud llamará “castración”. De allí el drama y la comedia de los sexos...

Pero ¿cómo es que Freud sitúa lo que podríamos llamar “discordia entre los sexos”? ¿Cómo la piensa? A partir del complejo de Edipo. Sin embargo, la primera discordia que podemos ubicar en Freud no se referirá a la relación entre los sexos, sino a lo que al final del texto dedicado a la “Joven homosexual” llamará el *carácter sexual y la elección de objeto*, en tanto no coinciden en una relación fija... por eso Freud plantea que “Un hombre con cualidades predominantemente viriles, y que exhiba también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo, ser un invertido con relación al objeto, amar solo a hombres, no a mujeres” (Freud 1920, 162), de ahí que no está de acuerdo en pensar a la homosexualidad de un modo simple e imaginarla como: “Un alma femenina, forzada por eso a amar al varón, instalada para desdicha en un cuerpo masculino; o un alma viril, atraída irresistiblemente por la mujer, desterrada para su desgracia a un cuerpo femenino” (Freud 1920, 163). ¿Qué propone Freud en lugar de esta suposición?: tres series de caracteres, que “varían con independencia unos de otros y se presentan en cada individuo dentro de múltiples permutaciones” (Freud 1920, 163):

1.- Caracteres sexuales somáticos... y acá esperaríamos, prejuiciosamente, que Freud situara los dos sexos determinados por la biología... sin embargo, ubica a nivel somático un *hermafroditismo físico*!!!

2.- Carácter sexual psíquico: actitud masculina o femenina.

3.- Tipo de elección de objeto: homosexual, heterosexual, fetichista...

Señala que se ha exagerado la fijeza del vínculo entre los caracteres somáticos y el tipo de elección de objeto. Tanto la elección hetero como homosexual dependen del complejo de Edipo, y agrega que "... todos los normales, junto a su heterosexualidad manifiesta, dejan ver una cuota muy elevada de homosexualidad latente o inconsciente" (Freud 1920, 163),!!!

Plantea que el psicoanálisis se sitúa en un terreno común con la biología en la medida en que adopta como premisa una originaria bisexualidad del individuo humano! ¿Cuál es para Freud el campo propiamente psicoanalítico?: "...revelar los mecanismos psíquicos que han llevado a decidir la elección de objeto (fuera la que fuese, leemos nosotros) y rastrear desde ahí los caminos que llevan hasta las disposiciones pulsionales. En este punto cesa su tarea..." (Freud 1920, 163)!

Ahora bien, no solo la "normalidad" supuestamente heterosexual se enrarece, en tanto incluye la homosexualidad, teniendo una base somática hermafrodita, sino que tampoco define con certeza a los distintos sexos: "El psicoanálisis... no puede esclarecer la esencia de aquello que en sentido convencional o biológico se llama "masculino" y "femenino"... lo masculino se le volatiliza en actividad y lo femenino en pasividad", y eso es para Freud "harto poco". (Freud 1920, 164)

¿Normalidad sexual?

Encontramos frecuentemente en diferentes textos de Freud referencias a lo normal, a una normalidad que demasiado rápidamente se pudiera pensar como opuesta a lo patológico. Sin embargo, sigamos con curiosidad el tratamiento

que sufre la “reiterada normalidad” cuando Freud avanza en sus investigaciones.

Abordando la dimensión psíquica de la sexualidad, en el texto “Tres ensayos de teoría sexual” leemos: “Si tal hacemos, la experiencia espigada científicamente nos muestra la existencia de numerosas desviaciones respecto de ambos, el objeto sexual y la meta sexual, desviaciones cuya relación con la norma supuesta exige una indagación a fondo.” (Freud 1905, 123). Notemos que la norma sufre un golpe no menor, cuando la propone como “supuesta”.

Realizando una lectura exhaustiva, una revisión de otros autores sobre aquello que se desvía de la norma concluye: “La experiencia recogida en los casos considerados anormales nos enseña que entre la pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una *soldadura*, que corrámos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo el objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de este.” (Freud 1905, 134) (el resaltado es nuestro). El cuestionamiento a dicha norma conduce a Freud a sostener una controversia inevitable en la sexualidad... algo no se acomoda entre la pulsión y el objeto, no hay una relación normal entre pulsión y objeto en ningún caso... aunque esta normalidad persista en los textos no sin certeros matices. “Soldadura” es el nombre freudiano que indica la particular relación entre diversos elementos, pulsión y objeto, pulsión y fantasía, marcados por una contingencia que nada debe a las bondades del objeto. El síntoma vendría al lugar de aquello que la vida sexual presenta como inevitablemente problemático, señalando la inadecuación entre el objeto y el constante fluir de la pulsión que no se satisface sino en la medida de ese fluir: “Por este camino se averiguó que los síntomas son un sustituto de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual” (Freud 1905, 149).

En “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia”, Freud, diferenciando para la

sexualidad una tensión somática y una tensión psíquica, propone un nuevo cuadro para pensar diversos modos de la descarga, cuando la tensión somática no deviene psíquica anulando la “acción específica”. Nos regala una lista de casos en los que la acción específica no se realiza, produciéndose una estasis libidinal... veamos, entre las mujeres, incluye a las vírgenes o las adolescentes porque no tienen actividad sexual; las recién casadas; las casadas cuyos maridos padecen de eyaculación precoz o con potencia muy disminuida; las casadas cuyos maridos, con buena potencia, practican el coitus interruptus (o también el coito normal) sin miramiento por la satisfacción de la mujer. Y entre los varones tenemos a los abstinentes voluntarios, los casos de excitación frustránea, los que practican el coitus interruptus con o sin miramientos por la satisfacción de la mujer y los ancianos, quienes quieren pero no pueden. ¿Quiénes estarían exentos???

La línea que separaría lo normal de lo patológico se le desdibuja a nivel de la sexualidad, presentándose como inevitablemente sintomática... quizás la diferencia no se sitúe entre normal y patológico, sino entre aquellos que sostienen en acto una práctica sexual problemática y aquellos que exclusivamente la practican en sus síntomas.

Relación sexual, relación discordante... una cuestión de Edipo

La Discordia de los sexos o cuando el desencuentro es la regla

Empieza a quedar claro que Freud cada vez que indaga sobre cuestiones amorosas, tropieza siempre con la misma piedra: lo discordante es la regla. El pasaje por el Edipo habilita el acceso a ciertos tipos de elección de objeto, mas “insatisfacción” e “imposibilidad” no dejarán de nombrar efectos a nivel de la satisfacción esperada en la puesta en juego del deseo.

En el texto “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”, Freud encuentra que “si... todos los objetos de amor están destinados principalmente a ser unos subrogados de la madre, se vuelve comprensible la formación de series... el psicoanálisis nos enseña que lo insustituible eficaz dentro de lo inconsciente a menudo se anuncia mediante el relevo sucesivo en una serie interminable, y tal, justamente, porque en cada subrogado se echa de menos la

satisfacción ansiada” (Freud 1910, 163). ¿Cómo entender este párrafo? Si cualquier objeto de amor es un subrogado del objeto edípico amado, o por qué no también odiado, esa sustitución no deja de poner en escena una diferencia irreductible. Para Freud, la vida amorosa es serial. Y esa serie se instituye como tal a partir de la inscripción de un ley, de una prohibición que, no sin la intervención de un agente real, recae sobre un objeto imaginario, marcándolo como perdido. A esa operación simbólica la llamamos *complejo de castración*, y no solo señala la insatisfacción que resulta de los subrogados, sino y paradójicamente, es la operación que habilita las sustituciones posibles, la constitución de las series.

Esto es lo que Freud nos enseña, y que Lacan subraya en su lectura de Juanito. El primer momento de la observación se corresponde con aquella satisfacción imposible que, *una vez perdida*, es la que se “ansiará” en cada sustituto: ser amado por la madre fálica. Escena imaginaria que se revela como tramposa e insostenible a partir de que ciertos elementos reales que estaban en suspenso reclaman sus satisfacciones ahí donde es imposible alcanzarlas y que, a la vez, es el único lugar dónde exigirlos. Un nombre lacaniano para ese lugar: DM (Deseo de la Madre). Ese es el punto en el que se produce una *discordancia fundamental*: el niño se ve confrontado con la inmensa e incolmable hiancia que hay entre cumplir con una imagen por la que es amado, pero que lo deja como un objeto puramente pasivizado a merced de las significaciones del Otro, y tener algo real que ofrecer. Discordancia que se anuncia por la vía de la angustia, que “es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse” (Lacan 1956-57, 228).

Ese es el punto en el que interviene el complejo de castración, es decir, el padre en su dimensión simbólica: para sostenerse en relación a alguna dimensión del Otro, es decir, para habitar el campo del lenguaje, único lugar posible para el parletre, es necesario asumir una posición sexuada que, como vemos, implica perder algo de la dimensión imaginaria del falo y “poner” la cosita de hacer pipí, la que fuera, en algún lugar. Pérdida de la que queda, como marca inconsciente, aquella fijación a la madre fálica a la que se refiere

Freud que se echará de menos en cada sustituto. Por lo tanto, cualquier encuentro amoroso/sexual estará marcado por esa discordancia estructural que leemos al nivel del complejo de Edipo. De modo tal que cada uno de esos encuentros será un pobre sustituto de una satisfacción fantaseada que nunca se tuvo y que, aun así, se ha perdido.

En tres textos, reunidos bajo el denominador común de “Contribuciones a la psicología del amor”, Freud analiza y circunscribe algunas particularidades en la elección de objeto de amor y en las condiciones de satisfacción sexual que encuentra en los análisis de sus pacientes. En ellos, Freud llega siempre a un mismo resultado: las condiciones de amor y de deseo suelen estar disyuntas, siendo la prohibición, en ocasiones, la única vía para suscitar la satisfacción sexual: “Hace falta un obstáculo para pulsionar la libido hacia lo alto, y donde las resistencias naturales a la satisfacción no bastaron, los hombres de todos los tiempos interpusieron unas resistencias convencionales al goce del amor” (Freud 1912,181).

Solo a título de ejemplo, destaquemos algunas de aquellas condiciones edípicas, y seriales... Para algunos hombres, es necesaria como condición de elección amorosa el tercero perjudicado, en tanto la amada esté comprometida con otro, a lo que puede agregarse también que la conducta sexual de dicha dama merezca mala fama! ¿Qué armonía podría estar destinada a estas condiciones de posibilidad?! Ubica en la degradación del objeto de amor otra condición para que sea deseable, y como consecuencia una conflictiva disyunción: se ama a quien no se desea, y se desea a quien no se ama! La impotencia sexual es una de sus consecuencias.

Con respecto a la conflictiva sexual, Freud no discrimina a las mujeres... en “El tabú de la virginidad” destaca el deseo en la mujer de castrar al varón luego del acto sexual y guardarse su pene: “Tras esta envidia del pene sale a la luz el encono hostil de la mujer hacia el varón, nunca ausente del todo en las relaciones entre los sexos y del cual proporcionan los más claros indicios los afanes y producciones literarias de las “emancipadas”” (Freud 1918, 201).

Conclusiones

En este pequeño recorrido, pudimos releer cómo plantea Freud, a partir de los avatares edípicos, la discordia no solo entre los sexos, sino fundamentalmente en la posición sexual “elegida”, una sexualidad que de ninguna manera pudiera pensarse como exenta del trauma y de lo sintomático... y una normalidad que se desdibuja en el mismo momento en que intenta bordearla...

Si consideramos diversas propuestas de reformas sociales, ¿qué le compete al psicoanálisis? Freud mismo escribirá “En vista de los afanes de reforma sexual, tan vivos en la cultura de hoy, no es superfluo recordar que la investigación psicoanalítica, como cualquier labor científica, es ajena a toda tendencia. Sólo pretende descubrir nexos reconduciendo lo manifiesto a lo oculto. Luego, no le parecerá mal que los reformadores se sirvan de sus averiguaciones para remplazar lo dañino por lo más ventajoso. Sin embargo, no puede predecir si instituciones diversas no traerán por consecuencia otros sacrificios, acaso más graves.” (Freud 1912, 180).

Para concluir, con respecto a los prejuicios freudianos tan mencionados en la actualidad, nada mejor que la intimidad de una carta... El 9 de abril de 1935, responde a una madre, quien le escribe preocupada por la elección sexual de su hijo, lo siguiente: “Entiendo por su carta que su hijo es homosexual. Estoy impresionado sobre todo por el hecho de que usted no menciona este término en su información sobre él. ¿Puedo preguntarle por qué lo evita? La homosexualidad ciertamente no es una ventaja, pero no es nada de qué avergonzarse, no es un vicio, no es degradación; no puede ser clasificada como enfermedad; la consideramos una variación de la función sexual, producida por cierto freno en el desarrollo sexual. Muchos individuos altamente respetables de tiempos antiguos y modernos han sido homosexuales, incluyendo muchos de los hombres más grandes (Platón, Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci, etc.). Es una tremenda injusticia el perseguir la homosexualidad como un crimen. Y una crueldad también. Si no me cree, lea los libros de Havelock Ellis... Al preguntarme si puedo ayudarle, usted se refiere, supongo, a que si puedo suprimir la homosexualidad y hacer que la

heterosexualidad normal tome su lugar. La respuesta es, de modo general, que no podemos prometer lograrlo” Y concluye “Qué análisis puedo hacer por su hijo es una línea diferente. Si él es infeliz, neurótico, agobiado por conflictos, inhibido en su vida social, el análisis puede traerle armonía, paz mental, eficiencia total, ya sea que siga siendo homosexual o cambie” (Freud 1935, inédito).

Bibliografía

1. FREUD, S. (1985) "Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome de "neurosis de angustia"". En *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 2006, III, 85-115.
2. FREUD, S. (1905) "Tres ensayos de teoría sexual". En *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1987, VII, 109-224.
3. FREUD, S. (1909) "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". En *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1993, X, 1-118.
4. FREUD, S. (1910) "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre" (Contribuciones a la psicología del amor, I) . En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1999, XI, 155-168.
5. FREUD, S. (1912) "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa" (Contribuciones a la psicología del amor, II). En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1999, XI, 169- 183.
6. FREUD, S. (1918) "El tabú de la virginidad" (Contribuciones a la psicología del amor, III). En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1999, XI, 185-203.
7. FREUD, S. (1920) "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina". En *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1975, XVIII, 137-164.
8. Lacan, J., (1956-1957). *El Seminario. Libro 4: Las relaciones de objeto*. Buenos Aires, Paidós, 1994.

